

## DIA XXX.

## MARTIROLOGIO.

LA CONMEMORACION DE SAN PABLO, apóstol. (*Véase en las historias de hoy.*)

SAN MARCIAL, obispo, con dos presbiteros llamados ALPIMIANO, y ASTRICLIANO, en Limoges de Francia; cuya vida fué muy ilustre por sus milagros. (*Véase la historia de S. Marcial en las de hoy.*)

LOS SANTOS CAYO, presbitero, y LEON, subdiacono, en el mismo dia. EL MÁRTIRIO DE SAN BASILIDES, en Alejandria, en tiempo del emperador Severo; el cual habiendo librado de la insolencia de unos hombres impúdicos á Santa Potamiena virgen, (*véase el Martirologio del dia 28 de junio*) cuando la conducian al suplicio, recibió de la misma Santa la recompensa de su religioso servicio, apareciéndosele tres dias despues, y poniéndole sobre la cabeza una corona; con lo cual se convirtió á Jesucristo, y por su intercesion alcanzó tambien la gracia de morir mártir en un breve combate.

SANTA LUCINA, discipula de los Apóstoles, en Roma; la cual con su hacienda proveia á las necesidades de los Santos, visitaba á los cristianos encarcelados, y se ocupaba en dar sepultura á los mártires, junto á los cuales fué sepultada en una gruta que ella habia hecho construir.

SANTA EMILIANA, mártir, tambien en Roma. (Vivió esta Santa en los primeros tiempos del cristianismo, puesto que en Roma existia ya una iglesia bajo su invocacion antes del año 460. Por unos versos antiguos se sabe que despues de sufrir varios tormentos fué por último degollada.)

SAN OSTIANO, presbitero y confesor, en territorio de Vivares. (Fué discipulo de S. Policarpo y compañero de S. Benigno.)

## CONMEMORACION DE SAN PABLO, APÓSTOL.

SAN Pablo, apóstol, doctor de las gentes y oráculo del mundo, fué judío de la tribu de Benjamin, y se llamaba Saulo. Nació en Tarso, ciudad célebre de Cilicia, dos años despues del nacimiento de nuestro Señor: por su nacimiento era ciudadano romano, privilegio que concedió el emperador Augusto á los tarsenses en premio de su fidelidad. Su padre, que profesaba la secta de los fariseos, le envió á Jerusalem, siendo aun muy niño, para que le educase y le instruyese en ella Gamaliel, enseñándole la doctrina de la ley y de las tradiciones. En poco tiempo hizo grandes progresos, y siendo uno de los mas zelosos parciales de la ley, fué por consiguiente uno de los mas ardientes perseguidores de la Iglesia. Muy en breve llegó á ser furor



S. PABLO APOSTOL.

su falso zelo. No contentó con haber pedido terca y encarnizadamente la muerte de S. Estéban, quiso tener el gusto de guardar las capas de los que le apedreaban. La persecución que se escitó contra la Iglesia en Jerusalem despues de la muerte del Proto-mártir, dió buena ocasion de satisfacer su implacable odio á este furioso enemigo de los discipulos de Cristo. Corría la ciudad, entraba en el templo, registraba las casas, y sacaba de ellas con violencia á cuantos creían en el Señor, arrastrándolos por las calles, metiéndolos en los calabozos, y cargándolos de cadenas.

Parecian muy estrechos los límites de la Judea, de la Galilea y de la Palestina para contentar el mentido zelo de este furioso perseguidor. Respirando sangre, muertes y carnicería de los fieles, se presentó al consejo, pidiendo cartas y requisitorias dirigidas á las sinagogas y á los judíos de Damasco, con pleno poder para pesquisar y proceder contra todos los cristianos, para esterminar, si pudiese, aquella recién nacida Iglesia. Partió para Damasco con amplísimos poderes, echando retos y fulminando amenazas. Ya estaba cerca de la ciudad, cuando hácia la hora del mediodia vió de repente desprenderse del cielo una extraordinaria luz, mas resplandeciente que el sol, que le rodeó á él y á todos los que le acompañaban. Atónitos y atemorizados cayeron todos en tierra; y estando Saulo derribado en ella, oyó una voz, que clara y distintamente le decia: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* Conmovióse su corazon al oír tan amorosa como no esperada queja; y recobrándose un poco, respondió: *¿Quién sois vos, Señor? Yo soy Jesus,* le replicó el Salvador, *á quien tú persigues. En vano te empeñas en recalcitrar contra mí.* Al oír esto Saulo, temblando, turbado y fuera de sí, exclamó: *Señor, ¿qué quereis que haga?* Levántate, respondió el Salvador, *entra en la ciudad, y allí te dirán lo que debes hacer.* Los que le acompañaban no estaban menos aturridos que él: oían confusamente la voz, pero sin percibir lo que decia, ni ver á quien hablaba; solo Pablo veía al Salvador distintamente. Levantóse del suelo, abrió los ojos, y hallóse en tinieblas; de modo que fué menester le condujesen por la mano á la ciudad, donde estuvo tres dias naturales sin ver, sin comer y sin beber.

En este tiempo reveló Dios lo que pasaba á uno de los discipulos llamado Ananías; el cual fué á la posada de Saulo, puso las manos sobre él; restituyóle la vista, instruyóle suficientemente, y le administró el bautismo.

Así como jamás hubo conversion mas ruidosa, tampoco la hubo nunca mas sincera, pues el más furioso perseguidor de Jesucristo pasó de repente á ser uno de sus más zelosos apóstoles. Predi-

caba, demostraba la divinidad de Jesucristo, y confundía á cuantos disputaban al Salvador el augusto timbre de verdadero Mesías. Atemorizó á los judíos un predicador de tal carácter; porque sobre estar perfectamente instruido en la Escritura, era de genio vivo y eficaz, con cierto aire de autoridad en cuanto hacia, que se llevaba el respeto y los corazones de todos. Sobresaltados los doctores de la ley á vista de tan poderoso adversario; perdiendo la esperanza de resistirle, tomaron la resolución de des-embrazarse de él; pero los fieles le libraron de sus manos y de su furor descolgándole una noche por la muralla, metido en una cesta.

Libre de este peligro pasó á Jerusalem para abocarse con san Pedro, en cuya compañía estuvo quince dias. Apareciósele Jesucristo, y le mandó fuese á predicar el Evangelio á los gentiles. Partió á Tarso, desde donde hizo varias correrías apostólicas á las ciudades de la Siria y de la Cilicia, recogiendo, por decirlo así, un gran botin para Jesucristo. Enviaron los apóstoles á san Bernabé á la ciudad de Antioquia: halló sobrada miés para un solo operario; pidió á S. Pablo que se juntase á él, y los dos apóstoles trabajaron con tan feliz suceso, que allí fué donde los fieles se comenzaron á llamar cristianos.

Tres años habia que Pablo y Bernabé predicaban en Antioquia con maravilloso fruto: hacíanse en ella con el mayor fervor todos los ejercicios de la religion; eran muy frecuentes los ayunos, y se celebraban diariamente nuestros sagrados misterios, cuando el Espíritu Santo dió á entender á los profetas y á los doctores (que se contaban en gran número) como tenia escogidos á Pablo y á Bernabé para la conversion de los gentiles. Ayunaron los fieles, hicieron oracion, ofrecieron el divino sacrificio, y el Espíritu Santo declaró su voluntad de la manera mas precisa; pues se oyó una voz, percibida de todos los asistentes, que decia: *Segregadme á Saulo y á Bernabé para el ministerio á que los tengo destinados.* Doblaron entonces los apóstoles así los ayunos como las oraciones; impusieronles las manos, y los enviaron á la mision que los señalaba el Espíritu Santo. Partieron á Seleucia: allí se embarcaron para Chipre, entraron en Salamina, capital de la isla, y predicaron el Evangelio con tanto zelo y con suceso tan feliz, que se convirtió la mayor parte de la ciudad.

Tiénese por cierto que al principio de esta mision sucedió el famoso raptó de S. Pablo hasta el tercer cielo, donde el Señor le descubrió maravillas, superiores á toda espresion, dándole la inteligencia de los mas escondidos misterios; mas porque no le envaneiesen tan singulares favores, como dice el mismo Após-

tol, permitió Dios que el estímulo de la carne le combatiese toda la vida; y para sujetarle, añadió á los trabajos del apostolado continuas y rigurosas penitencias.

Era á la sazón gobernador de la isla el procónsul Sergio Pablo, hombre prudente y entendido, el cual luego que oyó hablar á nuestro Santo de Cristo y de su religion, la hubiera inmediatamente abrazado, á no habérselo impedido un judío llamado Berjesú, por sobrenombre *Elymas*, que quiere decir insigne mago. Encendido nuestro Apóstol en santo zelo contra aquel embustero, le dijo: *Hombre malvado, tú estórbas á otros que vean la verdadera luz que alumbrá á todos los que vienen al mundo, enseñándoles el camino de la salvacion; pues desde este mismo punto la mano del Señor es sobre ti, y estarás ciego sin ver el sol hasta de aquí á algun tiempo.* En el propio instante perdió Elymas la vista, y buscó quien le diese la mano para andar: milagro que asombró al procónsul, y se convirtió en la misma hora. Desde entonces dejó el Apóstol el nombre de Saulo, y comenzó á llamarse Pablo.

Dejaron los Apóstoles la isla de Chipre, y partiendo al Asia menor, predicaron el Evangelio en Antioquia de Pisidia, en Perge de Panfilia y en las provincias vecinas. Hallándose S. Pablo en Antioquia, predicó á Jesucristo en la sinagoga con tanta eficacia y con tanta mocion, que todo el pueblo se mostró inclinado á creer en él. Sobresaltados los sacerdotes y los doctores de la nacion, vomitaron mil blasfemias contra Cristo, y se alborotaron contra los Apóstoles, en cuya vista les dijeron estos: *Vosotros habiais de ser los primeros á quienes nosotros anunciásemos la palabra de Dios; pero pues sois tambien los primeros que la despreciáis, y por vuestra misma boca os confesais indignos de la vida eterna, veis aquí que la vamos á anunciar á los gentiles.* Dicho esto, sacudieron el polvo de los pies, y marcharon á Iconia, donde hicieron muchas conversiones de judíos y de idólatras, entre las cuales se contó la de la ilustré virgen Sta. Tecla; pero los judíos, que se mantuvieron tercos en su incredulidad, conmovieron el pueblo tan furiosamente contra ellos, que estuvieron en gran riesgo de ser apedreados; alboroto que los puso en precision de retirarse de aquella ciudad, y se fueron á Listris, Derba y otros muchos pueblos.

Estando en Listris S. Pablo, sanó de repente á un hombre tullido desde su nacimiento: milagro que obligó á aquella ciega gente á tenerle por dios; y ya iban á ofrecerle victimas y sacrificios, cuando horrorizados los Apóstoles, rasgaron sus vestiduras en señal de dolor, y exclamaron que eran unos pobres hombres tan-

mórtales como todos los demás, y que venian á enseñarlos no haber mas que un solo Dios verdadero, Criador del cielo y de la tierra. Llegaron á Listris algunos judíos que venian de Iconia y de Antioquia de Pisidia, y concitaron el pueblo de manera, que aquella veneracion se convirtió repentinamente en un popular furor. Descargó una espesa lluvia de pedradas contra S. Pablo; sacóle arrastrando de la ciudad, y dejóle por muerto fuera de ella; aunque aquella misma noche se volvió á entrar el apóstol como pudo; pero al amanecer del dia siguiente se salió de Listris, porque no se escitase alguna persecucion contra los fieles.

Grecia su zelo al paso que se multiplicaban los trabajos y los peligros. Corrió con S. Bernabé la Pisidia, la Panfilia, la Atalia y gran parte de la Siria, ordenando obispos y sacerdotes, y fundando iglesias en todas aquellas provincias. No es fácil imaginar lo mucho que el grande Apóstol padeció por Cristo en aquellas expediciones. El mismo da testimonio de que ninguno otro sufrió mas trabajos, recibió mas golpes, toleró mas cárceles: muchas veces se vió á las puertas de la muerte en los rios, en los caminos, en el mar y en las poblaciones. No se pueden explicar los peligros á que se espuso por parte de los judios, de los gentiles, de los falsos hermanos, empeñados todos en desacreditarle y en perderle, sin estar seguro aun en los mas espantosos desiertos. ¡Cuántos dias pasó sin beber ni comer, y cuantas noches sin dormir, puesto á todos los rigores del tiempo sin recurso y sin abrigo! Cinco veces fué cruelmente azotado por los judios con nervios de bueyes; dos con varas por orden de los magistrados de las ciudades de Asia ó de Grecia; tres veces padeció naufragio; pasó un dia y una noche fluctuando entre las olas del mar, esperando ser tragado de ellas á cada momento. Pero en medio de tantos trabajos S. Pablo siempre el mismo; esto es, siempre mas y mas encendido en el amor de Jesucristo; siempre mas y mas zeloso de llevar su santo nombre á todas las naciones de la tierra. Asombro causa considerar las ciudades, las provincias, los reinos y los vastos dominios que corrió este grande Apóstol, anunciando el Evangelio en todos ellos.

Hizo tres ó cuatro viajes á Jerusalem; corrió, despues que se separó de S. Bernabé, todas las iglesias de Cilicia, Siria y Atalia. Estando en Licaonia, recibió en su compañía á su querido discípulo Timoteo: desde allí pasó á Frigia y á Galacia, donde convirtió muchos gentiles. Llamado á Macedonia, predicó en Filipos, donde hizo maravilloso fruto: de Filipos se trasladó á Tesalónica, y desde aquí á Berea y Atenas, donde habló en el Areopago, aquel famoso tribunal de los atenienses, declarando

con tanta fuerza y con tanta elocuencia la divinidad de Jesucristo, la resurreccion de los muertos y la santidad del Evangelio, que se convirtieron á la fe S. Dionisio, uno de los mas sabios y mas célebres individuos de aquella academia; una mujer llamada Damaris y otros muchos. Desde Atenas se encaminó á Corinto, donde hizo mansion cerca de diez y ocho meses, con el consuelo de ver florecer y triunfar en aquella ciudad la religion cristiana; creciendo tanto la iglesia de Corinto por el gran número de cristianos que abrazaron la fe, que fué uno de los mas ilustres reinos de Jesucristo en los primeros siglos.

Peró cuanto mayores eran los progresos que hacia el Evangelio, mas tenia S. Pablo que padecer. Embarcóse en Cencrea para volver á Siria: atravesó la Galacia, la Frigia, y otras provincias del Asia mas remotas del mar: llegó á Efeso, donde predicó el Evangelio; pero fué espelido de aquella ciudad por la conjuracion de un platero llamado Demetrio, que sublevó al pueblo contra el Apóstol, irritado de ver lo mucho que se disminuía la venta de sus imágenes ó medallas de la Diana de Efeso por la predicacion de S. Pablo. Transitó por la Macedonia, donde se detuvo algun tiempo; y en fin, volvió por la cuarta vez á Jerusalem hácia el año de 58.

Viéndole los judios en el templo, se echaron sobre él, y pidieron auxilio para prenderle. *Este es* (decian) *aquel hombre que en todas partes predica contra la ley, contra el templo y contra el pueblo de Dios.* Del templo se comunicó luego el tumulto al populacho, y concurriendo de toda la ciudad, se arrojaron sobre el Apóstol, arrastraronle fuera del templo, cargaronle de golpes, y hubieran acabado con él, á no haber acudido el tribuno Lisias, que mandaba la cohorte romana; y sacándole con gran trabajo de entre las manos de aquellos furiosos, sin mas averiguacion, ni informarse del motivo, le mandó atar, cargarle de cadenas, y meterle en un calabozo. Era tan grande el concurso, que se vieron los soldados precisados á subirle sobre la escalera de piedra, que estaba á la puerta de la cárcel por la parte exterior. Cuando S. Pablo registró desde ella toda aquella muchedumbre, pidió licencia al tribuno para hablar al pueblo; y obtenida, refirió públicamente la historia de su conversion; pero cuando llegó al lance en que Cristo le mandó que predicase á los gentiles, comenzaron los judios á dar descompasados gritos, y desenfrenarse contra él como desesperados. Para sosegarlos, le mandó el tribuno que se entrase en la prision, con ánimo de aplicarle á cuestion de tormento; pero habiendo sabido que era ciudadano romano, mudó de parecer, y le mandó quitar las prisiones. In-

formado despues que el alboroto era sobre punto de religion, convocó el consejo pleno de los judíos. Apenas abrió S. Pablo la boca para hablar, cuando el sacerdote descargó brutalmente en su rostro una furiosa bofetada, que el Santo sufrió con gran paciencia, de modo que la junta quedó como atónita, pasmada y muda, y á breve rato se deshizo tumultuariamente. Mandó el tribuno que le volviesen á la cárcel para que no le hiciese pedazos la muchedumbre. En la noche siguiente se le apareció Jesucristo, animóle, confortóle, y le dijo, que así como habia dado testimonio de él en Jérusalén, era menester que le diese tambien en Roma.

Mientras pasaba esto en la cárcel, mas de cuarenta judíos habian acudido á casa del principe de los sacerdotes, protestándole que no comerian bocado hasta que á Pablo se le quitase la vida; y noticioso de todo Lisias, dispuso que á media noche partiese nuestro Santo con una buena escolta para Cesaréa, donde se hallaba Felix, gobernador de la Judea, haciéndole un exacto informe de todo lo sucedido. Dós años le tuvo Felix preso en Cesaréa, donde el Santo confundió á los judíos en cuantas ocasiones se ofrecieron, y convirtió á muchos paganos. Festo, sucesor de Felix, propuso á S. Pablo en una junta si quería le remitiese á Jérusalén para que se sustanciase y se juzgase su causa; pero el Santo, que sabia la conjuracion de los judíos, respondió que no tenia de qué, pues se hallaba inocente, y jamás habia hecho mal á nadie; pero al fin, ya que su causa estaba en el tribunal del César, apelaba al César. El día siguiente tuvo otra audiencia del gobernador en presencia del rey Agripa, quien quedó tan plenamente convencido de su inocencia, que dijo á Festo debiera darle libertad, á no haber interpuesto la apelacion al emperador.

Prevenidas ya todas las cosas para el embarco, S. Pablo, seguido de S. Lucas y de Aristarco, se hizo á la vela para Roma. Á pocos días de navegacion se levantó una tormenta tan deshecha, que no solo se vieron precisados á arrojar al mar la carga, sino los mismos aparejos del navío; y continuando la borrasca con la mayor violencia, llegaron todos á perder la esperanza de salvarse; pero haciendo oracion el Apóstol, consiguió que ninguno del navío pereciese; y con efecto, dando á la costa en la isla de Malta, todos ganaron tierra, unos á nado y otros en tablones, sin que hubiese uno que no se reconociese deudor de la vida al santo Apóstol.

Recibieron los isleños á los huéspedes con mucha humanidad, y encendieron fuego para que secasen la ropa: juntó S. Pablo

un poco de leña menuda para avivar mas la llama, sin reparar en una vibora que estaba dentro de ella, la que apenas sintió la mano cuando picó al Apóstol con su furia natural. Viéronlo los bárbaros, y se persuadieron á que aquel hombre debia ser algun insigne facineroso, á quien perseguia la justicia de los dioses, esperando por instantes que cayese muerto en tierra; pero Pablo no hizo mas que sacudir la mano, y la vibora cayó en el fuego sin haberle hecho el mas leve daño; á cuya vista, atónitos los bárbaros, y mudando de repente de concepto, comenzaron á mirarle como á un hombre extraordinario. Hospedóle en su casa el mas considerable de la isla, llamado Publio, romano de nacion: tenia enfermo á su padre, y apenas le visitó S. Pablo cuando quedó repentinamente sano. Con la noticia de este milagro acudieron al Apóstol todos los enfermos de la isla, y todos cobraron salud. Despues de haberse detenido en ella tres meses, se embarcó el Santo con sus compañeros, aportó á Siracusa de Sicilia, desembarcó en Puzol, y partió por tierra á Roma.

Noticiosos de su venida los fieles, salieron en tropas á recibirle, y ya se deja discurrir la veneracion y la ternura con que lo harian. Diósele permiso para que anduviese libre por la ciudad, con solo un guarda de vista, y se aprovechó de esta libertad para instruir á los judíos, y para confirmar á los fieles en la fe. Dos años estuvo en Roma S. Pablo, en los cuales propagó maravillosamente el reino de Jesucristo, haciendo portentosas conversiones aun dentro del palacio del mismo emperador; y habiéndose justificado plenamente en todos los tribunales, se le despachó absuelto de todo cuanto le imputaban. Viéndose ya con entera libertad, llevó el Evangelio á muchas provincias; y no pocos autores creen haber estado el Santo en España. Es probable que volvió al Oriente, no hallando descanso, ni aun consuelo sino en los trabajos apostólicos; pudiéndose decir sin exageracion que fué un milagro continuado la vida de este grande Apóstol.

Restituyóse, en fin, á Roma hácia el año 67 para consolar y fortificar á los fieles en la persecucion de Neron, y encontró en aquella ciudad á S. Pedro, que tambien habia vuelto á ella despues de varios viajes. En medio de ser entonces Roma como el centro de todas las supersticiones y de todos los vicios del mundo, no pudo resistir al zelo de aquellos dos héroes cristianos. Ya habia convertido S. Pablo á muchos oficiales del emperador, y habia puesto en camino de salvacion á una de sus mas queridas concubinas, cuando fué arrestado y metido en prision, en

la que estuvo un año en compañía de S. Pedro, hasta que coronó su gloriosa vida con una preciosa muerte, recibiendo la corona del martirio. Fueron martirizados los dos Apóstoles en un mismo día y en un mismo año, que fué el 68 del nacimiento de Cristo. Dícese que corrió leche en lugar de sangre de su santa cabeza separada del cuerpo, y que el verdugo que se la cortó, con otros dos soldados, se convirtieron á vista de aquella maravilla. Es también antigua tradición que en el lugar donde se ejecutó la sentencia brotaron tres fuentejillas, que se conservan corrientes hasta el día de hoy.

Tenemos catorce epístolas de S. Pablo, en las que podemos decir se contiene toda la religion y toda la doctrina cristiana; pero se debe observar que no están colocadas segun el orden cronológico de los tiempos. Pónense las primeras aquellas que dirigió á todos los fieles de alguna particular iglesia, y despues las que escribió á sugetos particulares. La primera es á los romanos, escrita desde Corinto el año 57. La segunda es la primera á los corintios desde Efeso en el mismo año. La tercera es la segunda á los mismos desde Macedonia algunos meses despues. La cuarta es á los galatas desde Corinto ó desde Efeso, año de 56. La quinta á los efesios desde Roma el primer año de su primera prision. La sexta á los filipenses desde el mismo lugar, y casi con la misma data. La séptima á los colosenses desde Roma el año de 62, uno posterior á la antecedente. La octava es la primera á los tesalonicenses, y fué la primera de todas las que escribió hallándose en Corinto el año 52. La nona es la segunda á los mismos desde el mismo lugar, y poco tiempo despues que la primera. La décima es la primera que escribió á Timoteo desde Macedonia, por los años de 59. La undécima es la segunda al mismo, durante su prision en Roma. La duodécima es la dirigida á Tito, desde Nicópolis el año de 64. La décimatercia es la escrita á Filemón desde Roma, año de 61. Y la última es la epístola á los hebreos ó judios convertidos de Jerusalem y de la Palestina, desde Roma, poco despues que recobró su libertad. En todas estas epístolas, además de contenerse toda la medula de la moral y de la doctrina cristiana, resplandece el tierno amor que el Apóstol profesaba á Jesucristo, cuyo dulcísimo nombre repite en ellas á cada paso.

SAN MARCIAL, LLAMADO EN VULGAR CATALAN SAN MARSAL.

El bienaventurado S. Marcial fué hebreo de nacion, y segun conjeturas, de la provincia de Galilea, pariente del glorioso protomártir S. Esteban, y uno de los setenta y dos discipulos que eligió nuestro Señor Jesucristo. Recibió el bautismo del apóstol S. Pedro, cuyo compañero fué despues, y aun segun la sangre deudo muy cercano; y yendo en su compañía fueron los dos á Roma. Despues S. Pedro movido por particular revelacion le envió á Limoges y á otras provincias de Francia para predicar la palabra de Dios y convertir aquella gente á nuestra santa fe: de suerte que este bienaventurado Santo fué el primer obispo de dicha ciudad Lemonicense. Vio pues á Francia acompañado de S. Amador y de Verónica, mujer muy familiar de Maria Santísima. S. Amador hizo vida solitaria en una peña que hasta ahora se dice la Roca de S. Amador; y Verónica siguió á S. Marcial hasta Burdeos, donde predicó el Santo la palabra de Dios, y convirtió gente innumerable á nuestra santa fe. Sus sermones no solamente eran palabras, sino tambien obras, de tal suerte que iba á pié descalzo ayunando todos los días á pan y agua, y acompañaba su predicacion con grandes milagros. Aconteció que caminando por Francia se le murió un sacerdote compañero suyo, que le habia dado S. Pedro, á cuya causa volvió á Roma para dar relacion de ello al apóstol. S. Pedro dióle su báculo, para que le pusiese sobre el sepulero del difunto; hizolo así S. Marcial, y luego resucitó el muerto, y por esto se dice que el sumo pontífice no usa de báculo, porque lo concedió á S. Marcial. S. Antonino refiere que se guarda este báculo en una iglesia de Francia, y que cuando el papa reside en aquella ciudad usa de báculo pastoral. Pero no dice en que villa ó ciudad está esta reliquia del báculo. Es verdad que Guillermo Baldesano dice que es Tréveris, y Sto. Tomás tambien. Pero no hablan nada de S. Marcial, sino de S. Euquerio y de Paterno y Valerio. Llegado el Santo á la ciudad de Limoges, fué recibido en casa de una noble señora llamada Susana, y allí curó el Santo un frenético. Sucedió que yendo Marcial al teatro de la ciudad fué preso por los sacerdotes de los idolos, y muy maltratado, de tal suerte que pusieron en él las manos con mucha crueldad y despues lo llevaron á la cárcel. El día siguiente estando en oracion, vino una grande luz, y quebráronse las cadenas de los encarcelados y las puertas se abrieron por sí mismas.